

Frontera y exilio: dos categorías para pensar la literatura de post-dictadura en el NOA

Andrea Bocco- UNC

En el contexto de la literatura de post-dictadura argentina, un exponente interesante dentro de este corpus es *La casa y el viento*, una nouvelle de 1984 de Héctor Tizón¹.

Esta novela breve forma parte de lo que denominamos novela de postdictadura no solo por la fecha de aparición sino porque, por un lado, está atravesada por temas que asedian la narrativa de ese momento: memoria, violencia, exilio, identidad. Por otro lado, porque desde la escritura se asienta en un estética que se aleja del realismo, o si prefieren del realismo tradicional². En este sentido, la escritura de la novela -como gran parte de la narrativa tizoniana- rompe la linealidad del relato; trabaja desde una coralidad de voces; evoca desde la escritura los modos de contar de la oralidad que, a la par de su recursividad, aporta la novedad de las diferentes versiones de lo mismo; opera en permanente vinculación con el discurso mítico que entronca de modo sutil en el discurso de un narrador por lo general letrado, no subalterno aunque descentrado, dislocado, descolocado del poder, de la hegemonía y hasta de la historia. Una escritura que, como gran parte de la literatura (básicamente de la narrativa de la postdictadura), desconfía de la presentación diáfana de los sentidos (justamente por desconfiar del realismo como discurso autoritario de una realidad unívoca) y se agazapa, cuestionándose cómo nombrar lo innombrable (siguiendo la lógica que Fernando Reati reconstruye en su libro que lleva, justamente, por título *Nombrar lo innombrable*). De hecho la nouvelle de Tizón abre de este modo:

“Desde que me negué a dormir entre violentos y asesinos,
los años pasan.
Todo parece simple y claro a lo lejos, pero al recordarlo mis
palabras se convierten en piedras y soy como un borracho

¹ Héctor Tizón, escritor fallecido recientemente, se erige como uno de los autores más destacados de la literatura argentina de los últimos años. Vayan estas palabras como un homenaje a ese impresionante narrador.

² En el marco de la edición 2012 de la Feria del Libro en Córdoba, la Escuela de Letras de la UNC, institución en la cual me desempeñé como docente, organizó un Panel en homenaje a Tizón y en él se suscitó una discusión, a mi juicio muy interesante, con unos colegas sobre el hecho de si podíamos hablar de realismo en Tizón o no, y de hacerlo en qué términos.

que hubiera asesinado a su memoria. ¿Cómo es posible que lo que quiero narrar -el derrotero de mi propia vida: una huella minúscula y difusa en la trama de otras vidas- sea tan difícil?” (Tizón, 1984: 1).

En *La casa y el viento* el tránsito hacia el exilio es el punto vertebral del relato. El narrador se va construyendo como un desterrado y en ese viaje está la angustia por la pérdida, la conciencia de la separación de lo material, de lo cultural, de lo emotivo y la desesperación porque eso ancle, porque cuaje en la memoria.

El modo en que el discurso del exilio está articulado en la novela en cuestión se traba con otro: el de la identidad regional. Se trata del relato de un viaje hacia el exterior, hacia la frontera, pero en el que el espacio geocultural de la puna emerge como material y fuente de la memoria, como ombligo en la búsqueda de un conocimiento (en este caso, los versos perdidos de la copla desde el mítico personaje de Belindo) con los mismos registros de los usos del código del texto de la cultura regional. De este modo, como sostiene Pablo Heredia:

“El símbolo de la búsqueda de esos versos consiste en una respuesta de otra búsqueda, la de la identidad geocultural ante la opresión violenta del gobierno que intenta fracturar las prácticas y pertenencias culturales de la región, en nombre de una homogeneización político-cultural «occidental y cristiana»” (Heredia, 1996: 201).

De este modo, se trata de apresar, aprehender, absorber la región geocultural para que esta pregne en el sujeto enunciador exiliado, en tránsito a la frontera. Las imágenes de ese paisaje cultural se introyectan en el relato como la única forma de preservar en la memoria las pertenencias culturales de su región:

“Alguna vez seguramente olvidaré todo lo de allá, los rostros y los nombres y el nombre de las cosas detrás de los cuales mi vida se había atrincherado, pero no esto (se refiere al paisaje cultural de la puna)” (Tizón, 1984, p. 40).

Ahora bien, la región geocultural justamente, por un lado, hace estallar lo nacional y reconfigura la idea de ir “Hacia la frontera”, como se llama el penúltimo capítulo de *La casa y el viento*. Por qué decimos esto: porque desde una lectura literal la frontera demarca el afuera del país y también el afuera de la cultura propia. Sin embargo, si nos detenemos en la noción misma de frontera podemos definirla, pensarla no solo (ni tanto) como una línea que demarca y separa, sino como espacio geocultural dinámico que se

configura desde una práctica central que es el cruce y adquiere sentido y “sustancia” desde la subjetividad de quienes la transitan. Implica, entonces, más que una línea divisoria, una zona de contacto y de cohabitación con lo diverso, lo otro, y el despliegue de la multiculturalidad y la multiétnicidad.

Desde esta noción de frontera se nos aparece la literatura del exilio como una literatura de frontera en tanto diseña un campo de cruce permanente, una zona de contacto entre dos espacios, dos culturas, dos lenguas, dos tradiciones, dos memorias históricas...

En este sentido, esa zona está construida en la escritura y encarnada en el propio cuerpo del narrador. Por ese cuerpo y por esa lengua -esa voz- se cruza, se transita, se ronda, se tensiona entre dos mundos.

En la literatura del exilio, el narrador es un sujeto fronterizo en tránsito por esa frontera que es simbólica y, a la vez, tangible, corpórea; porque la diversidad, la experiencia de la alteridad, el saberse extranjero, el vivir y sufrir en y desde el destierro son las prácticas, las experiencias y los saberes que circulan en la frontera. En realidad, el punto de partida para pensar estos aspectos que estoy señalando surge de un estudio que vengo haciendo sobre la literatura de fronteras en el siglo XIX y sus reescrituras en los siglos XX y XXI³.

Entiendo a la literatura de fronteras como un género cuyas regularidades serían, desde mi perspectiva las siguientes:

- a. El enunciador es siempre un sujeto “blanco”, no indio.
- b. Habla ese enunciador desde su propia experiencia en el espacio de la frontera (como militar, expedicionario, científico, asilado político, excautivo, por ejemplo).
- c. Su escritura no solo se caracteriza por tematizar la frontera sino que la define y constituye.
- d. Se trata de una literatura atravesada por otros discursos, por otros géneros: el relato de viajes, el testimonio, las memorias, el ensayo, el relato científico-naturalista

En esta literatura la experiencia del destierro es vertebral. La frontera configura el desterrado en un sentido doble: están desubicados, no pertenecen a ningún lado, ni a

³ Me refiero a la investigación que co-dirijo, junto a la Dra. Cecilia Corona Martínez, cuyo título es “Heterodoxias y sincretismos en la literatura argentina – 2da. parte” (proyecto de investigación

uno ni a otro. Fueron expulsado de su lugar de origen por considerarlos sujetos peligrosos o poco valiosos. En el nuevo espacio, son permanentemente extraños a los cuales se les desconfía. La posibilidad de su retorno es siempre complicada porque han desaparecido de la escena propia y cargan un estigma.

En la narrativa del exilio en el siglo XX, entiendo que se da la misma operatoria: el exiliado político es un sujeto rebasado de ajenidad y su propia escritura así lo expresa. Por eso, esa desesperación del narrador de *La casa y el viento* por llevarse las imágenes, por capturar la geocultura regional, por beber la enigmática copla de Belindo, por intentar sumergirse en la puna y aprehenderla, apropiársela, minarla de sus recuerdos más íntimos, personales, familiares. Porque, como el propio narrador expresa la memoria se le vuelve imágenes-palabras, porque en ellas el pasado se retiene e inquiere, muchas veces sin respuestas (Cfr. Tizón, 1984: 137).

De esta manera, se vuelve un imperativo capturar las imágenes-palabras de lo propio porque luego eso le será negado, retaceado, lo desconocerá, lo desampará (incluso si pensamos que en la cultura como casa, como abrigo o suelo existencial).

El enunciador en la narrativa del exilio es un sujeto fronterizo. Así cierra *La casa y el viento*:

“Ahora solo me queda imaginar el crepúsculo sobre mi casa como una promesa de felicidad; como la propuesta vaga y milenarista de otra luz; de la luz de aquellas siestas marcadas en mi memoria por el canto de un gallo imperativo, insolente –de aquellos gallos transfigurados e el pavo real de la resurrección que vi alguna vez en una desierta sinagoga de Toledo- que tal vez volveré a ver aquí, aquietado el dolor del exilio, el cantar obstinadamente olvidado y recordado, cuando ahora, estoy pidiendo que este invierno no me seque el alma, que no me impida ver entre el polvo, los escombros y la locura; que no me destierre también mi lama de esa luz del verano entre los sauces, patrimonio de los enamorados y los viejos. De esa luz, entrevista mientras viajo por este país nublado, frío e incomprensible que yo mismo he elegido. No quise seguir viviendo entre violentos y asesinos; en las sombras de aquellos árboles abandoné la memoria de mis muertos. Un sopro desvaneció mi casa, pero ahora sé que aquella casa todavía está aquí, erigida en mi corazón” (Tizón, 1984: 138-139)

Pero, de algún modo, toda la narrativa de Tizón es una literatura de fronteras. Toda esa narrativa instala una zona porosa de permanente semiotización y traducción de códigos y prácticas diversas, de contacto interétnico e intercultural. Y el narrador en estos textos es siempre un sujeto que, de un modo u otro, forma y no forma parte de esa zona que construye su escritura. En este sentido, la voz narrativa tizoniana no es la voz del subalterno: no es el indio, no es el criollo empobrecido, aunque los indios y los criollos empobrecidos aparezcan ellos y sus voces. Es más bien al modo del narrador de la literatura de fronteras decimonónica: ajeno, a veces levemente, sutilmente otro. En *La casa y el viento* manifiesta:

“Para esta gente⁴ soy casi un extranjero, nadie parece darse cuenta que busco su compañía porque vengo huyendo de otras. Siempre fue así. He buscado mi vida a través de otros: delegándome por temor a repetir los errores, creyendo que eso era una forma de vivir sin riesgos, sabía y cautelosamente” (1984: 81).

Ese sujeto fronterizo narrador de los textos de Tizón es el letrado, es el miembro de una clase dirigente colonial que ha sido derrotada en la independencia, es la voz de los anteriores señores de la tierra. Cuando digo esto, no pretendo impugnar ideológicamente a Tizón, porque desde esa voz que habla en sus textos, sin imposturas, les está espetando a esa clase que han sido derrotados y que pareciera que no se dieron cuenta; que la historia ya no les pertenece y que los verdaderos hacedores de la memoria histórica y cultural son esa muchedumbre, ese gentío despojado pero dueño de la cultura y de la identidad regional. Que los verdaderos protagonistas son otros y que las claves identitarias están en la copla secreta de indio desaparecido, como el Belindo de *La casa y el viento*.

Este locus de enunciación hace que los modos de narrar y de reconstruir la memoria cultural en Tizón sean los de la oralidad americana, aborigen. En *Sota de bastos, caballo de espadas* eso es evidente con las múltiples versiones de lo mismo que despliega. Por eso, sus personajes narradores muchas veces aprenden -como el propio Héctor lo hizo de niño- a narrar desde los relatos de las propias nodrizas indias.

Podríamos decir que toda la narrativa de Tizón es, en definitiva, una literatura de viajes, de exilios. Una literatura errante que deviene de las múltiples reescrituras que realiza de la *Odisea*.

⁴ Se refiere a los pobladores de la puna que está recorriendo.

Desde ese punto, la voz narradora en la literatura tizoniana configura un sujeto fronterizo, fagocitado por la cultura popular puneña, transculturado por ese otro con el que co-habita.

Pensamos, a partir de aquí que esta construcción discursiva y artística que el autor jujeño sostiene y despliega en su obra se articula en dos categorías centrales que son exilio y frontera. Categorías que pueden permitir leer en sistema, mapear, la propia literatura del NOA estableciendo series, y diálogos con otras literaturas regionales.

Bibliografía

Bocco, Andrea “. “Literatura de fronteras: *heterodoxias* en la literatura nacional” en Corona Martínez, Cecilia (Directora), *Heterodoxias y sincretismos en la literatura argentina*, Imprenta de la FFyH, págs. 17 a 38, Córdoba, 2011.

Heredia, Pablo. 1996. “Exilio y región. Lo discursos de la resistencia cultural (un estudio de la narrativa de los 70 y los 80) en Torres Roggero, Jorge (Director). *Calíbar sin rastros. Aportes para una historia social de la literatura argentina*, Ediciones Solsona, págs. 187 a 212, Córdoba.

Reati, Fernando. *Nombrar lo innombrable. Violencia política y novela argentina. 1975-1985*, Legasa, Bs. As.

Tizón. Héctor. 1984. *La casa y el viento*, Legasa, Bs. As.